

bía tenido trato personal, sino a través de empleados. Quedaron en que este pasaría aquel día a la tarde por la casa del Dr. Loynaz para firmar papeles que debían presentarse al juzgado. Esa tarde, a la hora convenida, un criado avisó al Dr. Loynaz de que tenía una visita en el recibidor. Bajó éste las escaleras y, después de un leve saludo, le entregó los papeles al visitante, indicándole el sitio donde debía firmarlos. El recién llegado tomó la pluma que le ofrecía el abogado y firmó los documentos sin tomarse la molestia de leerlos. Al comprobar las firmas, el Dr. Loynaz hizo un gesto de sorpresa y exclamó:

—¡Pero usted no es el señor Saturnino Pestonit!

El otro, confundido, amoscado, dijo:

—Yo nunca he sido el señor Saturnino Pestonit. Mi nombre es Federico García Lorca.

—¡Qué barbaridad, usted me ha echado a perder estos papeles! —replicó, indignado, el Dr. Loynaz.

La larga mansión de Lorca en Cuba está salpicada de sucesos que muestran la simbiosis del andaluz con la Antilla Mayor, de cuyas ciudades fue Santiago de Cuba, quizá por ser la más caribeña de todas, la más atractiva para el poeta. Lorca —ya se fijó Marinello— supo, no se sabe por qué, que a Córdoba no llegaría nunca, pero siempre dijo, tampoco se sabe por qué, que iría a Santiago.

América recibió de nuevo a Lorca en 1933. El paso del poeta por Buenos Aires culmina en el célebre discurso «al alimón» con Pablo Neruda, uno de los más hermosos homenajes que se han rendido a Rubén Darío —«al poeta de América y de España», como lo definió Lorca; al «total Hispano», como lo ratificó Jorge Guillén—.

En carta fechada en La Habana, en abril de 1935, Emilio Ballagas, el poeta de *Júbilo y fuga*, da la noticia a Manuel Navarro Luna y registra el hecho: «El poeta Rafael Alberti y su mujer están aquí de visita». Aquel año, Cuba, México, Centroamérica, la costa de Venezuela y las Antillas diminutas mostraron al súbito visitante gaditano —y él, más que verlas, las sintió— su desconsiderada belleza y su amarga condición de traspatio del nuevo casero. Gracias a aquel periplo de Alberti, penetra en el caudal de la poesía española la realidad americana de entonces, no muy diferente de la de hoy. En una suerte de urgente cuaderno de bitácora, el viajero traza los poemas, tiernos, ásperos, que publicará después como un solo canto bajo el título de *13 bandas y 48 estrellas*. En ellos asistimos a la metamorfosis del «marinero en tierra» en conmovido navegante-explorador de la cuenca neocolonial del Caribe. Fue este navegante de pupilas y alma insomnes ante las señales de la historia el mismo «poeta en la calle» que

se irguió entre los destrozados barrios de un Madrid que él llamó, porque se lo merecía, «Capital de la gloria».

En Cuba vio Alberti de cerca una típica tiranía latinoamericana, a pesar de la cual dio conferencias y recitales sin ser molestado. En la isla conoció a Nicolás Guillén y a Juan Marinello. A este lo visitó en el castillo del Príncipe, donde el noble escritor y dirigente revolucionario cumplía una condena impuesta por los tribunales de Fulgencio Batista.

No es posible olvidar, ahora que hablo de los enlaces de Alberti con Cuba, al erudito habanero José María Chacón y Calvo, a cuya diligencia se debe, en parte, el Premio Nacional de Literatura que ganó *Marinero en tierra*, en 1925. Chacón —«...el amigo más entusiasta de mis canciones marineras y de mis primeros tercetos», según lo dicho por Alberti en *La arboleda perdida*— fue, como también consignó el poeta en sus memorias, el hombre que con «unas mágicas pesetas a no sé qué empleado» hizo posible que el original del libro fuese admitido a pesar de haber llegado tarde al certamen.

Uno de los miembros del 27 que más entrañables vínculos anudó con Hispanoamérica es Alberti. Su prolongada estancia en la Argentina y sus intensas temporadas en Chile, Uruguay y México —países en los que escribió y publicó parte importante de su obra— le permitieron compenetrarse con las realidades sociales, culturales y políticas de aquel continente, en el que ha dejado, como un eco permanente, su poesía y la firmeza de sus convicciones.

Si un acontecimiento feliz en medio de la tragedia española del 98 —el éxito del modernismo en la península— fue, por convergencias ya vistas, el antecedente literario de los nexos de la generación del 27 con Hispanoamérica, un suceso absolutamente infausto —la guerra civil— daría ocasión a que esos nexos tomaran densidad vivencial, además de literaria.

América y España compartieron, en las décadas de los 20 y los 30, movidas por las rachas de la Revolución Rusa, un fervor social hacia la izquierda. Lo más osado y lúcido de la inteligencia en ambas orillas de la hispanidad participó de alguna manera en ese fervor. De ahí que, al estallar la insurrección cuartelaria contra la República, la inmensa mayoría de los intelectuales españoles e hispanoamericanos se unieran en una respuesta enardecida en defensa del gobierno republicano. La solidaridad con la España machadiana y unamunesca de la rabia y de la idea, con la soñada España obrera y campesina de Rafael Alberti y Miguel Hernández, hizo que escritores y artistas de nuestra América vinieran a la península para ofrecer su voz o su brazo, o ambas cosas, a la causa democrática. Voz, brazo y sangre dio a España, por ejemplo, Pablo de la Torriente Brau, que escribió estremecedores reportajes, ya clásicos, sobre la resistencia de Ma-

drid y que cayó en las líneas de Majadahonda «con el sol español puesto en la cara/ y el de Cuba en los huesos». Así lo testificó Miguel Hernández.

En los años de la guerra, un punto excepcional de confluencia de España e Hispanoamérica fue el Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, celebrado en 1937 en Valencia, Madrid y Barcelona. En las tres ciudades, martirizadas por el asedio «nacionalista», entre el estruendo y la zozobra, se conocieron y reconocieron los escritores del 27, y algunos del 98, y sus equivalentes hispanoamericanos. Acudieron a la histórica cita figuras que ya eran o pronto serían clásicos vivos de la poesía, la narrativa y el ensayo del Caribe y la América continental: los cubanos Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Juan Marinello, el peruano César Vallejo, los chilenos Pablo Neruda y Vicente Huidobro, los mexicanos Carlos Pellicer y Octavio Paz, el argentino Raúl González Tuñón... La crispada sombra de Federico García Lorca, ahogado en la crecida de Granada, los presidía a todos. Luego, en la resaca del exilio forzado o voluntario, fueron los poetas, los prosistas, los pensadores españoles a América, donde harían parte de su tarea intelectual en universidades, en editoriales, en revistas, dejando sentir su magisterio y recibiendo a cambio las vibraciones sociales y culturales de aquellas tierras. La nómina de quienes se instalaron en América es espléndida y en ella aparecen Luis Cernuda, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, María Teresa León, Pedro Garfias, Juan Rejano, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, José Bergamín, Enrique Díez-Canedo, Emilio Prados, Juan Chabás, José Moreno Villa, María Zambrano... Los países más favorecidos por esta diáspora dorada fueron México, Cuba y Argentina. En ellos se produjo, por la calidad y la cuantía de los escritores transterrados, el más intenso proceso de interculturación entre España e Hispanoamérica desde que cesara el dominio ibérico en aquel continente.

Es cierto que, como dijo Octavio Paz en 1938, en América —y no sólo en México— España era sinónimo de «regresión, fanatismo, incuria», todo lo pésimo de la colonia, hasta que tan rencorosa aunque explicable imagen fue deshecha por la guerra civil, en cuya sangrienta realidad descubrimos, allá, «en lo español al hombre». Entonces España dejó de ser, entre nosotros, un esquema empedernido para convertirse en la actualidad del hombre español; dejó de ser un pasado para convertirse en un presente que era también el nuestro. Fue así que aconteció, en pleno siglo XX, el descubrimiento de España por América. Bajo el resplandor «fieramente humano» de este hallazgo se juntaron aquí y allá los hombres de allá y de aquí que sentían la necesidad de la cultura y de la libertad, que sentían, como sentimos aún, la necesidad de ser libres individual y socialmente, sin que una libertad asfixie a la otra.

Las editoriales, las revistas y las cátedras universitarias constituyeron espacios en los que se ahondó el encuentro de la generación del 27 con lo hispanoamericano. En este punto viene a cuento la sostenida labor profesoral y crítica de Juan Chabás en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba —ciudad en la que falleció—, y el fecundo y pintoresco paso del malagueño Manuel Altolaguirre por La Habana y su aventura como editor en la imprenta La Verónica, fundada por él, en la cual publicó, primorosamente y sorteando incontables obstáculos financieros, la revista del mismo nombre y a Jorjue Manrique y Garcilaso, a José Martí, García Lorca, Mariano Brull, Emilio Ballagas, Lydia Cabrera... (Por cierto, Ballagas se peleó a muerte con Altolaguirre por una errata deslizada en el libro que éste le editó: en un verso en que el poeta cubano quería decir «tengo un fuego atroz que me consume» aparecía diciendo «tengo un fuego atrás que me consume». En los corrillos viperinos habaneros, que eran y siguen siendo muchos, se aseguraba que esa errata era intencional). Más tarde, casado con una cubana culta, bastante bohemia y millonaria, Altolaguirre se fue a México y allá se dedicó a producir películas. Una de ellas es *Subida al cielo*, de Luis Buñuel.

La revista *Orígenes*, dirigida por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo, que se publicó en La Habana desde 1944 hasta 1956, abrió sus páginas a grandes figuras del 27. En ella publicaron Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, José Bergamín, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Pedro Salinas y María Zambrano. Zambrano, durante sus años habaneros, se integró al grupo de poetas que giraba en torno a *Orígenes* y en esta revista dio a conocer ensayos de mucho peso, entre los que sobresalen, por denotar el alto grado de identificación con lo cubano que alcanzó la aguda pensadora, los titulados *La Cuba secreta* y *Lydia Cabrera, poeta de la Metamorfosis*. Es memorable también el ensayo crítico de Pedro Salinas sobre *Cántico*, de Guillén, aparecido en el número de *Orígenes* correspondiente al verano de 1947. En las cartas cruzadas entre Lezama Lima y Rodríguez Feo, que acaban de publicarse en La Habana, se ve cómo apreciaban ellos sus relaciones amistosas y profesionales con Guillén, Cernuda, Salinas y Aleixandre, a quienes constantemente invitaban a colaborar con la revista. Lezama, que en estas cartas hace críticas duras y hasta emite opiniones peyorativas sobre dos figuras del 98 —a Unamuno lo ve, como pensador, «violento, pero poco fuerte y casi nunca profundo», y a Baroja llega a calificarlo de «mierdero» (cubanismo feroz)—, muestra, por otra parte, un interés muy vivo por obtener colaboraciones de los maestros del 27.

En el conflicto que dio por resultado el lamentable colapso de *Orígenes* —publicación que ha llegado a ser, con el tiempo, emblema de una época de la cultura cubana y de una actitud intelectual de claro signo ético—